

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 8

MÉXICO, FEBRERO 25 DE 1900.

Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



SE COMPONE CALZADO.

El Exterior

Revistas Políticas y Literarias

1.—El Papa y el clericalismo.

2.—Francia y la República sectaria

1.—Nosotros hemos aplaudido sinceramente, más aún, hemos seguido con minucioso interés la política tan característicamente conservadora como anti-reaccionaria de León XIII; conceptuamos una suprema fortuna para la Iglesia, que después del reinado eminentemente apostólico y batallador de Pío IX, hombre de alma angelical, pero de corto espíritu, haya reinado el de este inteligentísimo italiano que es uno de los tipos más finos de su raza, acostumbrada durante siglos a oponer a la presión de la fuerza aceptada en bloque, la flexibilidad y el talento que la deshace en partículas y torna deleznable el mármol y el granito; tiene esta virtud italiana la fuerza que atribuye Polibio al vinagre con que deshacía Hannibal las rocas de los Alpes y que desearía conocer el General Buller para desbaratar los "kopjes" del Natal.

Es, en suma, una cualidad heredada de los romanos adquirida cuando fueron fuertes, y maravillosamente desarrollada cuando fueron débiles; se puede concretar en esta frase que un amigo mío aplicaba á uno de nuestros políticos: es inquebrantable como la seda. Gracias á esta flexibilidad ha podido el Papa, siendo intransigente y tolerante al mismo tiempo, acomodar la vida social de los católicos cuyo código político era el "Syllabus," que parece condenar las bases fundamentales de las sociedades modernas, á las necesidades políticas de cada Estado y, aplicando su criterio absolutamente conservador, en el alto sentido de la palabra, ha intentado obligar á los fieles á someterse á los gobiernos constituidos que, según su maestro Tomás de Aquino, son de institución divina, precisamente por estar constituidos.

El catolicismo en Europa domina políticamente en Bélgica, España y Austria; domina socialmente una parte del imperio de Alemania, la mayor fracción de los Estados polacos sometidos á Prusia y Rusia y de los húngaros y eslavos del dualismo Austro-húngaro, la mayoría de la población francesa é italiana, de la holandesa, en la Gran Bretaña, la totalidad de la península ibérica, etc. En Asia, Africa y Austral-Asia, el contingente católico es insignificante, como lo es el del cristianismo en general; en América impera casi sin rivales en las comarcas latinas y disputa el predominio á los Estados Unidos y el Canadá.

Este es un hecho inmenso y el gobierno que no lo tuviera en cuenta, como quisieran con el más notable instinto anti-sociológico los sectarios de aquí y de todas partes, se suicidaría más ó menos lentamente.

¿De qué proviene este fenómeno?

¡Oh! no teman mis lectores; no voy á pedantear aquí con una explicación histórico-psicológica muy complicada y que me enredaría mucho, del hecho de que el sentimiento religioso indesarraigable del alma humana colectiva ha encontrado en las razas de educación ó de espíritu latino ó helénico (sólo diferenciadas por matices en su cristianismo) la forma apropiada de sus anhelos sentimentales, estéticos y autoritarios. Mas no importa; es, lo repetimos, un hecho social de formidable importancia; se creyó que la Reforma primero y la Revolución Francesa después, lo ceñirían á mínimas proporciones; ha sido lo contrario; al reducirlo, en cantidad, al comprimirlo, lo han hecho más denso, más sólido, más fuerte.

La acción del Papa ha consistido en libertar al catolicismo de su tendencia á convertirse en clericalismo, que es la deformación política de la religión, y de mantenerlo en su pura órbita social. Los demócrata-cristianos belgas, exageran, pero no tuercen el programa del Pontífice cuando inscriben en una plataforma electoral: supresión progresiva del trabajo industrial de las mujeres casadas; pensiones obreras; reducción de la producción y consumo de las bebidas alcohólicas; igualdad de todas las escuelas primarias, privadas y públicas, ante el derecho de obtener subsidios del Estado; abolición de los reemplazos militares; el "home-stear" (la pequeña propiedad doméstica insecuestrable), etc.

Pero, en cambio, desvirtúan y se rebelan contra el Papa los clericales que maldicen la escuela laica (defendida en los Estados Unidos por el eminente Arzobispo Ireland) porque la escuela laica está destinada á dar un carácter religioso al amor de la Patria con total independencia de los credos, de las religiones positivas que tienen para sostenerse y propagarse el campo infinito de la acción privada; se rebelan los que en España, v. g., sostienen el carlismo; el obispo de Barcelona que decía hace poco: "Puesto que sufrimos con increíble paciencia desde hace tanto tiempo, la injusticia de ser administrados, enseñados y juzgados en castellano, lo que nos causa grave daño, mostrémosnos, cuando menos, exigentes para que se nos enseñe en catalán todo cuanto se refiere al cielo y nos pone en relación con Dios en nuestras aflicciones."

León XIII no prohíbe, al contrario, á los católicos, tomar parte en la política, lo que equivaldría á privarlos de sus derechos de ciudadanía; lo que les prohíbe, es hacer de la religión un instrumento de política y comprometer sus intereses superiores en conflictos de partido que no son en suma, sino choques y colisiones de apetitos. Lo que de esta regla escape es digno de censura de parte de la Iglesia, ¿por qué no lo ha de ser de represión de parte del Estado? Se ha criticado acerbamente á Gambetta, haber dicho en un célebre discurso: "el clericalismo, he allí el enemigo." Se dijo que eso era arrojar en las multitudes que son grandes masas de combustible, las teas de la discordia civil. Pues poco más ó menos lo mismo dice ó quiere decir S. S.; y es un síntoma bien grave y propiamente "fin de siglo" la impaciencia con que los círculos católicos militantes y los cleros frecuentemente, y con ellos los obispos y alguna vez hasta los cardenales-arzobispos, soportan con impaciencia el yugo del Pontífice y obedecen, si es que obedecen sus amonestaciones y preceptos; no sería extraño que en muchos centros de estos se hicieran votos por su "tránsito" á la eternidad, con la esperanza de que su sucesor vuelva su libertad al clericalismo y le deje la rienda al cuello; si tal sucediere, diez años después toda la Europa parlamentaria habrá proclamado la independencia entre la Iglesia y el Estado.



2.—A esto nos obliga, á esta lucha sin cuartel contra el Estado laico nos obliga, dicen los clericales en Francia, los avances de la República sectaria. No es del todo infundado el reproche; hay que confesar que existen dentro de la República, elementos que estarán en vía de preponderar, aparentemente al menos, y que quisieran convertir al Estado en un ariete para destruir el catolicismo en particular y el cristianismo en general; no es fácil esta tarea, como pueden emplearse en ella dos siglos, pueden gastarse veinte, no es fácil deshacer en las leyes, lo que está en los sentimientos; las leyes son en talento como chorros de agua sobre planchas candentes, se vuelven vapor, humo.

Uno de los elementos que quisiera poner, como un marbete á la construcción de la República en Francia, famoso estribillo de Voltaire, un "denda Carthago;" "aplastemos al infame," es decir, acabemos con el catolicismo, es la franc-masonería. No cabe duda que, aunque mucho menos numerosa de lo que se cree, en Francia misma, en donde está en auge, y mucho menos rica de lo que se supone y de una influencia intelectual muy mediana, gracias á no sé qué sello literario que caracteriza las producciones de las logias que tienen el don de recordar el estilo (?) del inmortal farmacéutico de Flaubert, no cabe duda, repetimos, que la masonería es una fuerza por el ocultismo de sus procedimientos, por el simbolismo de sus ritos y por el espíritu de obediencia á que somete con ahinco á sus adeptos. Ahora bien, toda fuerza se centuplica en la imaginación é influye sobre ella cuando es misteriosa, cuando es oculta. Esto lo saben bien los masones, y por eso, á pesar de los esfuerzos hechos en todas partes, para hacerla pasar de sociedad secreta á asociación pública, se han estrellado en el instinto conservador de los supremos consejos de la orden. Si la masonería se hiciese pública, sería una de tantas ligas republicanas más ó menos apoyadas por el poder; mientras que así como es, organizada para combatir la influencia reactiva de la compañía de Jesús, que pa-

sa por ser también una sociedad de procedimientos secretos y de obediencia, es decir, de disciplina incomparable, presenta el singularísimo caso de ser una oligarquía muy cerrada, muy gerarquizada y excesivamente tradicionalista y conservadora, que sostiene, fuera de ella, en el medio social en que vive, vida de criptógamo, el triunfo de la democracia social, la publicidad ilimitada de los actos oficiales y las reformas á todo trance.

Ministros, profesores, magistrados, funcionarios, diputados y senadores, tales son los vehículos de la influencia masónica en la tercera república francesa y aunque una vez en el poder, todos ellos se hacen cargo de que no deben su importancia á su carácter masónico, sino á su prestigio personal en las masas democráticas, burguesas, proletarias, ó en los círculos políticos del parlamento, no saben ni quieren romper sus adherencias á la asociación oculta que á cada instante les recuerda que es su madre y que á ella deben volver. Ahora bien, esta sociedad tiende claramente á hacer de la república un instrumento de lucha contra el catolicismo en Francia. Y preciso es confesar que no tiene poca culpa en ello la insistencia, en mi sentir imprudente, con que León XIII, ha hecho volver sus condenaciones y anatemas contra la masonería, es la política de poner entre la espada y la pared, que lleva á las grandes resoluciones al acorralado; la masonería acorralada se propuso para volver golpe por golpe á complicar á la República en su delito religioso y volverla sectaria. ¿Lo logrará? No lo creo.

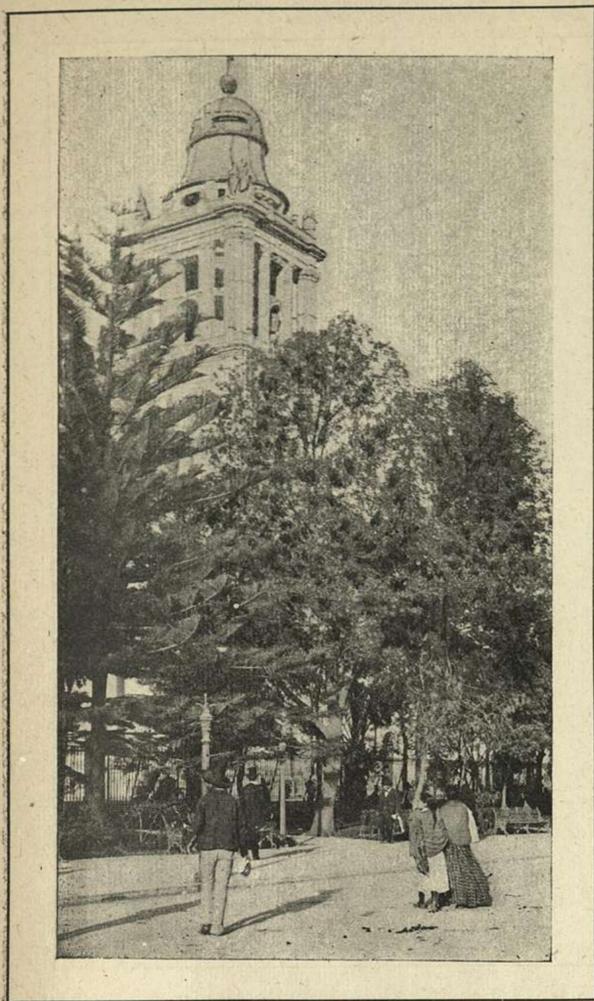
El reciente proceso de los "Asuncionistas" y las manifestaciones episcopales á que ha dado margen, parecerían indicios del triunfo del espíritu anticatólico; no es lo cierto, sin embargo. "Los asuncionistas" y sus órganos en la prensa, sus "cruces," se habían convertido en un organismo militante de primera importancia y desobedeciendo casi descaradamente al Papa, y con el pretexto de combatir á los enemigos de la religión, han batallado con una vehemencia terrible contra el liberalismo y la República; en el Asunto Dreyfus se mostraron implacables; de allí ha venido el golpe que se fundó en disposiciones perfectamente legales aunque caídas en desuso quizás.

Un "Kulturcampof" sería una desgracia para la República; las luchas concesionales son causa de divisiones incolmables en un pueblo y, por ende, de mortal debilidad; hasta Bismark se vió obligado á retroceder en este camino en pleno medio protestante, y la Revolución francesa debió su importancia para fundar un régimen político á sus medidas anti-religiosas principalmente; una simple reacción contra el espíritu sectario de la primera República, fué causa de la tiranía aceptada y aclamada de Bonaparte. Sólo quienes no han estudiado la historia más que en las novelas ó en las declamaciones de los folletistas, y no en los documentos, pueden aconsejar á un gobierno una política antirreligiosa; es un suicidio.

Pero toda la historia moderna, no hay que olvidarlo, ha converjido á reducir á la religión á su campo espiritual y á su papel sagrado en donde es inviolable. Toda la historia ha marchado á este fin: el Estado debe ser laico. Sólo el Estado laico garantiza la libertad humana en su expresión más íntima, la libertad de conciencia. El catolicismo como apoyo de régimen político, tiende por su propia virtud, porque se cree obligado á estirpar el error con la palabra ó con la fuerza, con el sermón ó con el auto de fe ó con la cruzada, á establecer un régimen teocrático, y si como todo hombre religioso lo cree, las sociedades se mueren en el camino que les traza un legislador supremo, no es posible dudar, hay que acatar la voluntad de este legislador divino que ha hecho imposible en la sociedad actual todo régimen teocrático; cuando Voltaire decía, bendiciendo al hijo de Franklin, Dios y Libertad, quería decir que Dios ha ido poniendo al mundo del lado de la libertad, que es el supremo vehículo de la moral.

Y todo cuanto en el Estado tiende á debilitar su carácter laico, todo cuanto constituye un poder dado al catolicismo ó al protestantismo para destruir este carácter, es un absurdo, es también un suicidio. A este papel se ha limitado hasta ahora el gobierno de M. Valdeck-Rousseau; si sale de allí, culpa será de la acción combinada de dos intransigencias, la masónica y la clerical; sería deplorabile.

Justo Sierra.



SUBGETIVISMOS.

Los Domingos en el Zócalo.

Por la plaza principal de esta metrópoli, pasan como por una prolongada exhibición, todas las clases sociales. En los días de trabajo el trajín de la vida vuelca en el gran cuadrilátero de esa vía pública, las multitudes humanas que van y vienen como poseídas por un indómito furor de locomoción. Es allí donde puede verse más que en parte alguna, el delirio del tráfico IX, á pleno sol, y al aire libre. El carruaje, el coche de alquiler, la bicicleta, el tranvía, arrastrado por mulas pacientes y soñolientas, ó el vagón eléctrico que parece afianzado al alambre por la barra oblicua de su "trolley," forman las más caprichosas procesiones, en medio del gentío que diseminado en todas direcciones por la plaza, semeja, á vista de pájaro, un bullir de granos de arena impelidos y jugueteados por el viento.

Pero así como en los días ordinarios la vida se esparce en ámbito de la plaza, desde las viejas portaladas de la Diputación y Mercaderes, hasta la fachada de esa antigua colmena que se llama el

Palacio Nacional ó el plateresco pórtico del Sagrario, la mañana del domingo, la actividad y el movimiento se estrechan, se comprimen y muestran en un hervor ruidoso, en el jardín del Zócalo, cuyas torcidas y combinadas calzadas suelen parecer estrechas á los pausados y lentos transeuntes.

Sólo que el jardín del Zócalo no abriga, bajo el verde palio de sus árboles faldas de seda, elegancias altivas ni orgullos aristocráticos. Es por lo general, la pobreza honrada, la sana burguesía, la burocracia baja y sin ambiciones la que se apiña alrededor del kiosko, buscando la fresca sombra de los ramajes florecidos y espesos, para oír un trozo de ópera vieja, de ópera de melodías fáciles aprendidas desde la infancia, á una banda militar en cuyos instrumentos hace el sol mil doradas coqueterías.

No, claro que no hay sedas ni terciopelos en las "mañanas del Zócalo," ni circundan el jardín las hileras de carrozas flamantes; pero, en cambio, hay la alegría sincera del domingo, el triunfo del trabajo que se pone á descansar unas horas para seguir con más ahínco el día siguiente; el regocijo del hortera que se ve libre por instantes de su esclavitud y su faena, el goce del artesano que se ha vestido de limpio y oído misa, y que, anhela encontrar fuera de la embriaguez y del vicio, una fuente de recreo en las resonantes fanfarrias y bajo los protectores follajes.

Las mañanas del Zócalo tienen un vago y sabroso misterio de cosas buenas, de gentes sencillas y de almas castas y risueñas.

La doncella de labor, la costurera, la aya, la ama de llaves tienen allí su sentir y su paraíso los domingos por la mañana. Y los empleados de tiendas humildes, el escribiente de veinticinco duros, el cobrador de casas de barrio, oyen cantar también entre esas frondas al pajarito de la gloria.

El pueblo se pasea á sus anchas, como en dominios propios, por el asfalto de esas banquetas; se sienta en el brocal de las fuentes, acurrúcase en las estrechas bancas de fierro, deja flotar sus harapos en el aire de oro del día y en un plácido amodorramiento, oye las polkas y las danzas, cuyos temas vulgares llegan á sus oídos como una caricia sobrenatural.

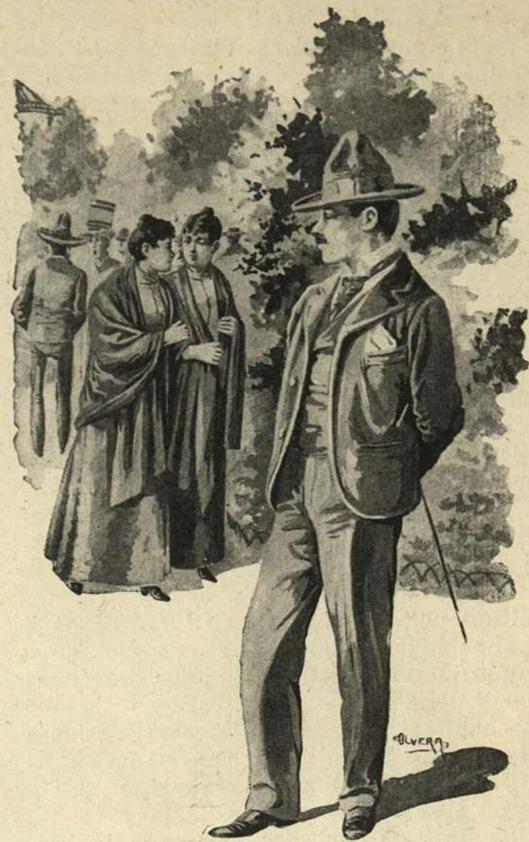
El amor cuchichea por allí con inquietudes de alondra y palabras de comedia casera; pero es un amor sentido, bien hallado en aquel paseo á donde hace una escapatoria de su encierro semanal en un cuarto destartelado, en un taller sombrío, ó entre minuta y minuta, sobre un apolillado pupitre.

El lujo, la soberbia, la vanidad, pasan alrededor de este lugar de dichas sinceras, despreciándolas, sin querer mirarlas siquiera, sin volver la cabeza, rumbo á Plateros, á la Alameda, á la Reforma, á donde está todo lo que brilla y hace ruido.

Entretanto la luz hace prodigios en el "Zócalo," en los árboles, en las flores, torna sedas los percales de las muchachas, vuelve diamantes sus cuentas de vidrio, y pone en sus ojos toques de alegría.

Y un coro de granujas, olvidado del hambre, aplaude á rabiarse á la banda que acaba de tocar los "Aires nacionales," y pasa en carrera loca y á risa tendida, una bandada de niños, persiguiendo una bola de goma color de púrpura.....

Daniel Eyssette.



La Exposición de París.

Los grabados de algunas fracciones de la Exposición de París, que ofrecemos hoy á nuestros lectores, les darán una idea de la magnificencia que va á revestir esa enorme fiesta de la gigantesca metrópoli. Sin embargo, aunque nuestros grabados están tomados del natural y por competentes dibujantes, la impresión que producen no puede compararse ni remotamente con la que producirán los originales, pues les falta vida, movimiento y calor. Ni siquiera ha sido posible hacer notables sus proposiciones; ¿quién diría, por ejemplo, que la cascada que se mira al frente del "Palacio de la Electricidad," mide nada menos que treinta metros de altura? Fué menester, para hacerla, crear todo un sistema de canales para proporcionarse el enorme volumen de agua que era necesario y que brota de inmensas peñas hacia el Sena.

¡Figúrense los lectores el efecto que producirá esa gran cascada, que por la noche será iluminada por millares de invisibles lámparas eléctricas, teniendo como fondo el magnífico Palacio de la Electricidad, que será á su vez un ascua de luz!

El Palacio de la Electricidad contará con el mayor número de luces eléctricas con que hasta hoy haya contado edificio alguno, y con su torrente de luz marcará el sitio en que oficia la diosa Moderna, que para el siglo venidero aún nos promete mayores prodigios. En ese palacio, el visitante hallará una síntesis de todo lo que la electricidad ha hecho, en todos los ramos, de manera que sea ampliamente comprendida su colosal importancia. El palacio es obra del Ingeniero Hernand y la cascada del Arquitecto Paulin.

Con objeto de no cansar la mirada en la contemplación exclusiva de edificios modernos y también para cubrir ciertas calles adyacentes que no se distinguen por su belleza, la administración de la Exposición concedió á una empresa particular una área de 300 metros á lo largo del muelle derecho del Sena, cerca del Puente de Alma, para que construyera lo que se ha llamado "Le Vieux Paris."

El viejo París será en la margen del Sena lo que la "Aldea Suiza" en la izquierda, es decir, un sitio de recreo que al mismo tiempo ofrezca interés histórico, por tratarse de fidelísimas reconstrucciones.

El viejo París será una representación plástica y una reunión sistemada de edificios de la capital francesa en la Edad Media, en el Renacimiento y en los siglos XVII y XVIII. Dichas construcciones formarán calles y plazas que mostrarán transeuntes ataviados conforme á la época correspondiente.

Son autores, de la idea el dibujante Robida, y de la ejecución los arquitectos Heulhard y Bénou-

ville. La mitad del viejo París está sobre el agua, en una plataforma de cinco metros de altura sobre el nivel del Sena. Viniendo del Puente de Alma, se penetra á él por la reconstrucción de la puerta San Miguel, que existió hasta el año de 1864, y de allí se llega á las de la Plaza de Pre-aux-Clercs, que era el viejo lugar de reunión de los estudiantes.

Mencionaremos algunas de las reconstrucciones. Por ahí se mira la casa natal de Moliere, no lejos de la torre principal del primitivo castillo del Louvre. Pasando por la "Porte des Jacobins" llegaremos á la vieja iglesia de Saint-Julien des Ménétiers," que en el siglo XIII fué mandada construir por los músicos á los juglares. Eso es de la Edad Media. Del Renacimiento, vemos los viejos mercados que se quemaron en 1551 y el antiguo Teatro del Mercado, en el cual dará conciertos el conocido maestro Colonne con su orquesta. Los siglos XVII y XVIII estarán respectivamente representados por el "Pont-au-Chauge," el antiguo palacio real, la escalera de la Santa Capilla, etc.

La última nota moderna en el "Vieux Paris," será el alumbrado nocturno, que será eléctrico y que iluminará las entradas triunfales históricas que han de verificarse.

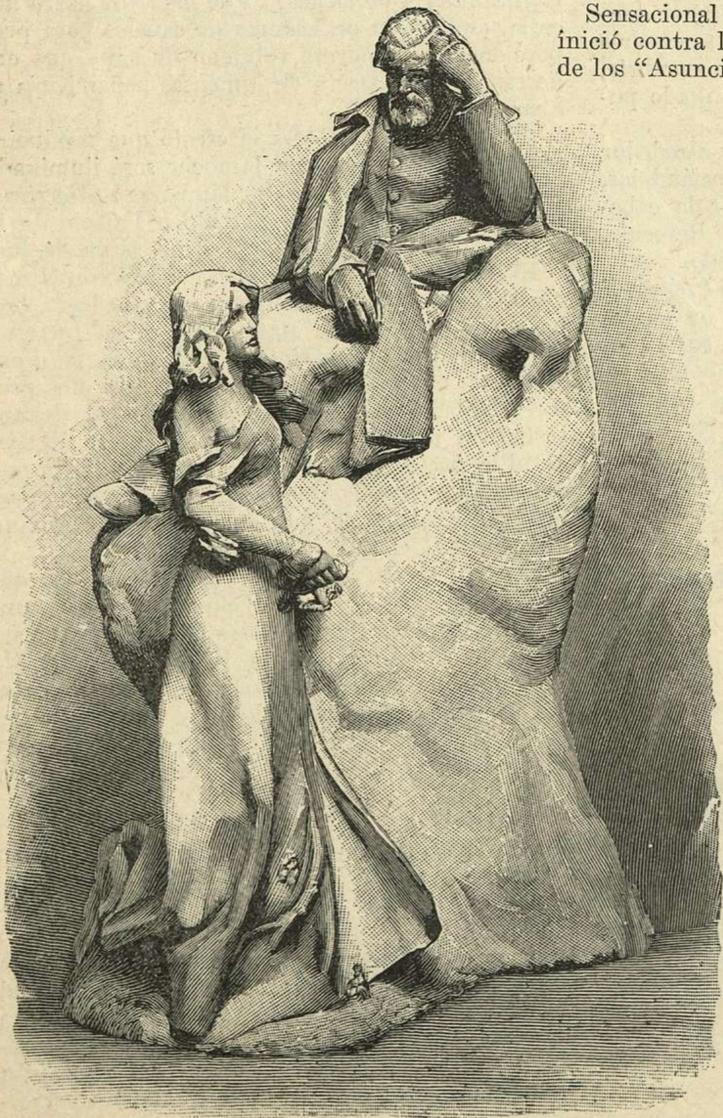
Hasta ahora, el estado de las construcciones cambiaba de aspecto sin cesar; pero ya ha alcanzado su forma definitiva y por eso nos es posible presentar vistas á nuestros lectores.

Uno de nuestros grabados representa la hermosa plaza de los Inválidos con los principales edificios de la Administración francesa.

MONUMENTO DE AMBROSIO THOMAS

El Parque Monceau, de París, donde ya se destaca felizmente sobre una verde alfombra de yerba, el monumento de Guy de Maupassant bien pronto aumentará su ornamentación con otro mármol: El monumento de Ambrosio Thomas, por Falguière, y nuestro grabado reproduce esta obra nueva que el escultor acaba de terminar.

El eminente compositor está sentado sobre una roca, en la actitud de meditar y tiene entre sus de-



dos, la pluma que trazó las bellas páginas musicales de "Mignon" y de "Hamlet."

En la base de la roca, lo contempla Ofelia, una de sus heroínas y deja escapar de sus manos las flores que ha recogido.

Este monumento en mármol blanco, será un precioso adorno del citado parque y se debe á la iniciativa de los señores Bertrand y Gaillard, Directores de la Academia de Música.

EL PROCESO DE LOS PADRES ASUNCIONISTAS

Sensacional ha sido en París el proceso que se inició contra los sacerdotes católicos de la Orden de los "Asuncionistas," acusados de haber tomado participación directa en varias conspiraciones políticas y de haber sostenido y redactado varios periódicos.

Los sacerdotes fueron exclaustros, se les redujo á prisión, y al terminarse la secuela del juicio se les llevó á jurado, siendo este acto el que representa nuestro grabado.

Los más caracterizados miembros de la Orden fueron sentenciados y el Cardenal Arzobispo de París, por haber hecho varias visitas á sus correligionarios, fué indirectamente

El proceso de los padres Asuncionistas.



[Vese el artículo de la segunda plana.]

Padre Picard.

Padre Hippolyte.

Padre Bailly.

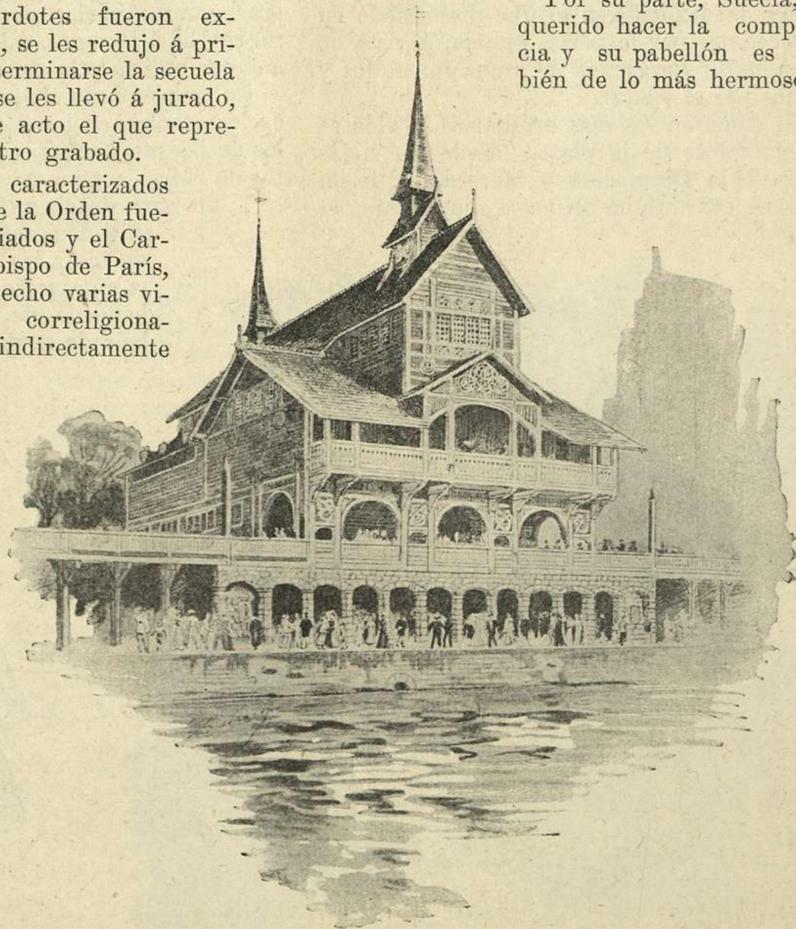
multado, pues por determinado tiempo se le han retirado los emolumentos que daba el gobierno francés á algunas diócesis y arquidiócesis de aquella República.

EL PABELLÓN DE LA NORUEGA.

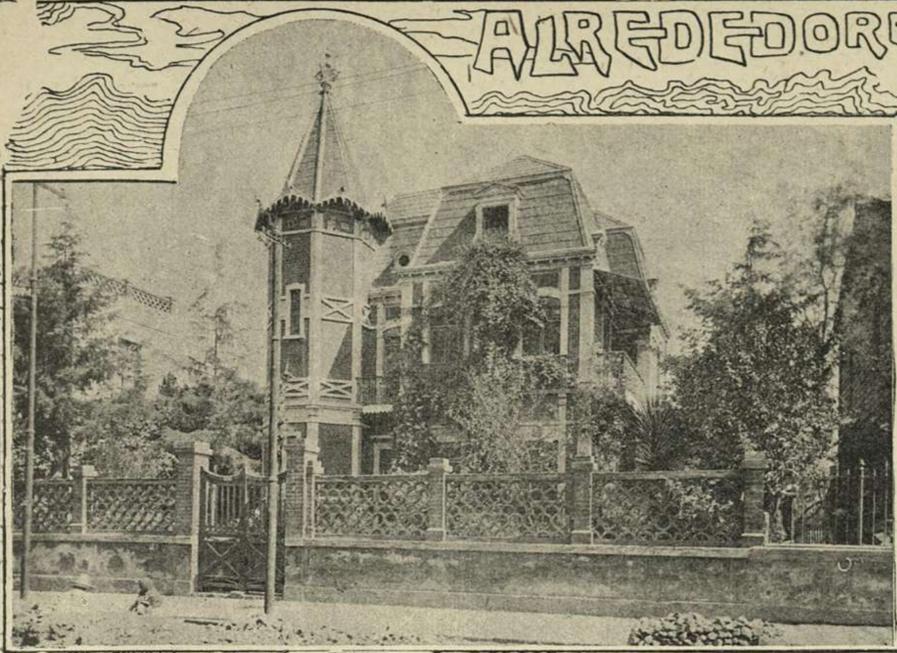
La Suecia y la Noruega, unidas por un pacto federal en 1814, puede decirse que celebraron un matrimonio de conveniencia y no de inclinación, de suerte es que jamás ha existido buena armonía entre los dos Estados y no sería remoto que llegaran al "divorcio."

Estos antecedentes sirven para comprender por qué Noruega ha querido estar aisladamente representada en la Exposición de París, por medio de un pabellón hermosísimo que nuestro grabado representa y que lleva la pretensión de ser premiado, porque se le ha hecho figurar en el catálogo de exposición de construcciones modernas.

Por su parte, Suecia, ha querido hacer la competencia y su pabellón es también de lo más hermoso.



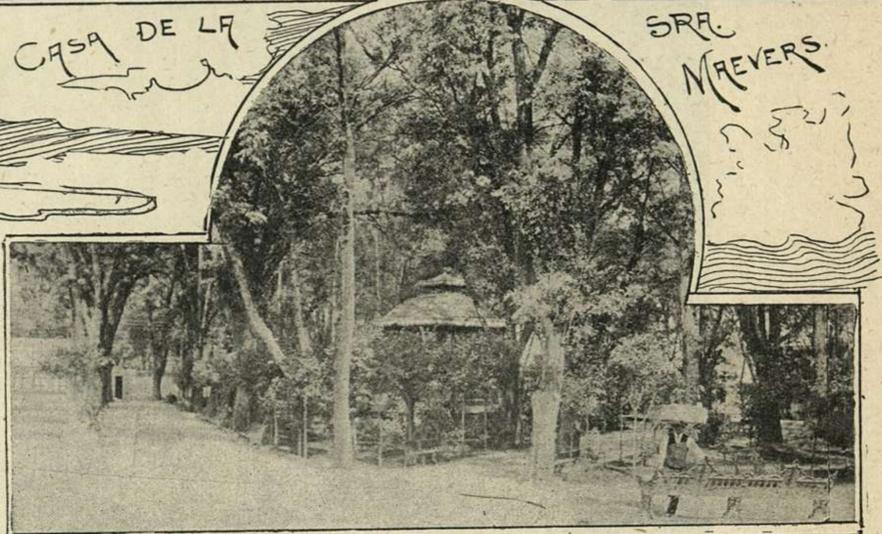
ALREDEDORES DE MEXICO. TACUBAYA.



CASA DE LA

SRA. MEYERS

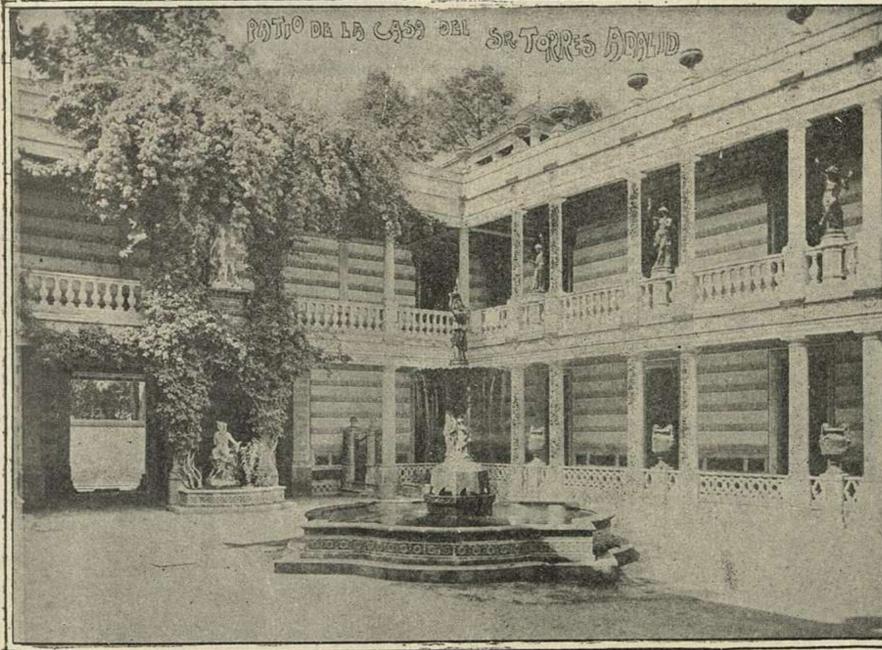
CASA DEL SR. ISLAS



CASA DEL SR. DANIEL GARZA

UNA CALLE DE

LA PLAZA

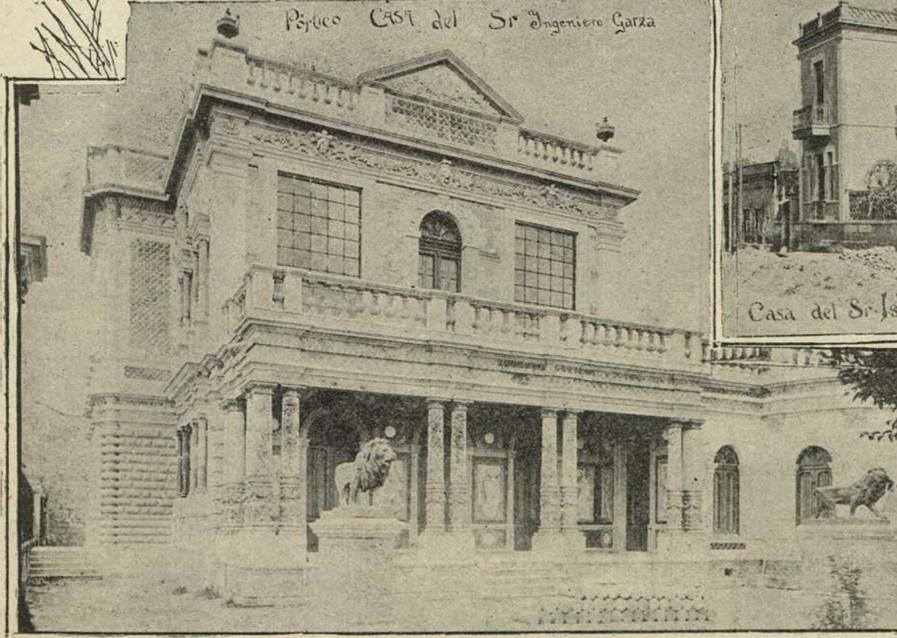


PATIO DE LA CASA DEL SR. TORRES ARRIAGA



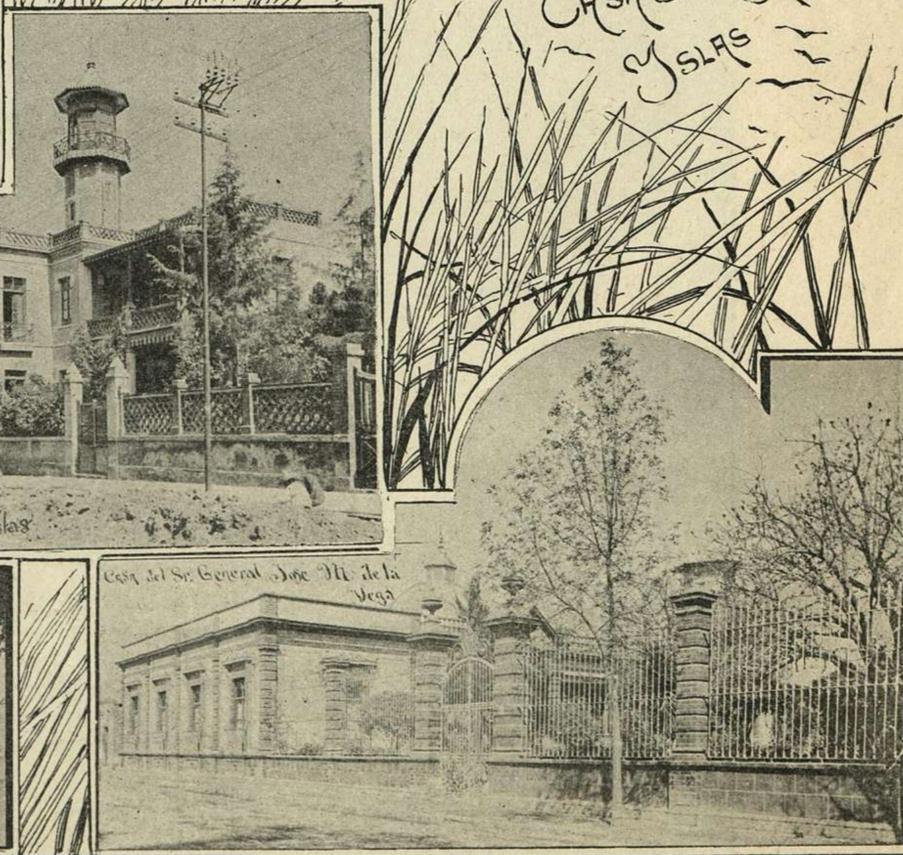
CASA DEL SR. ISLAS

Palacio Casa del Sr. Ingeniero Garza



Casa del Sr. Islas

Casa del Sr. General Jose M. de la Vega





Palacio del Fuentle Alejandro.

Palacio de las Manufacturas nacionales.

Palacio de industrias diversas.

Palacio de Cerámica y Cristalería.

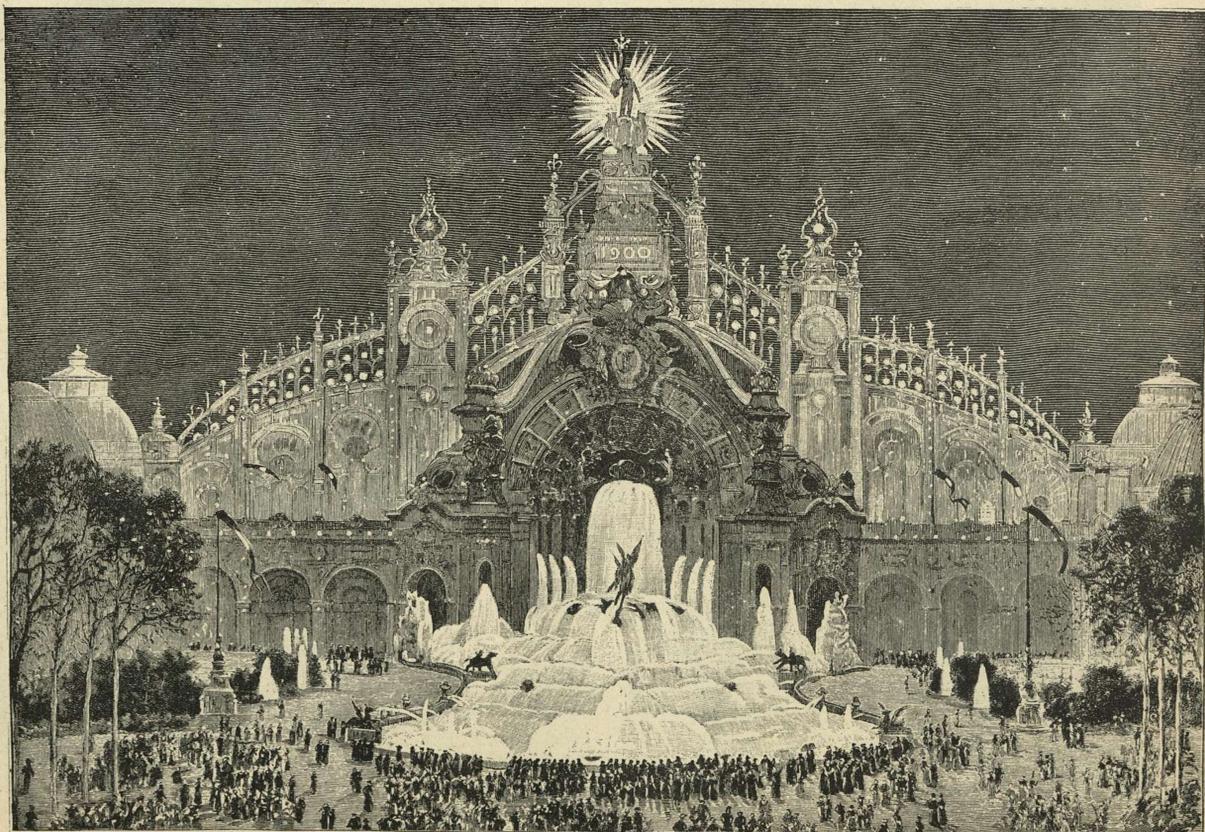
Cúpula de los Inválidos.

Palacio de Industrias diversas. Sección extranjera.

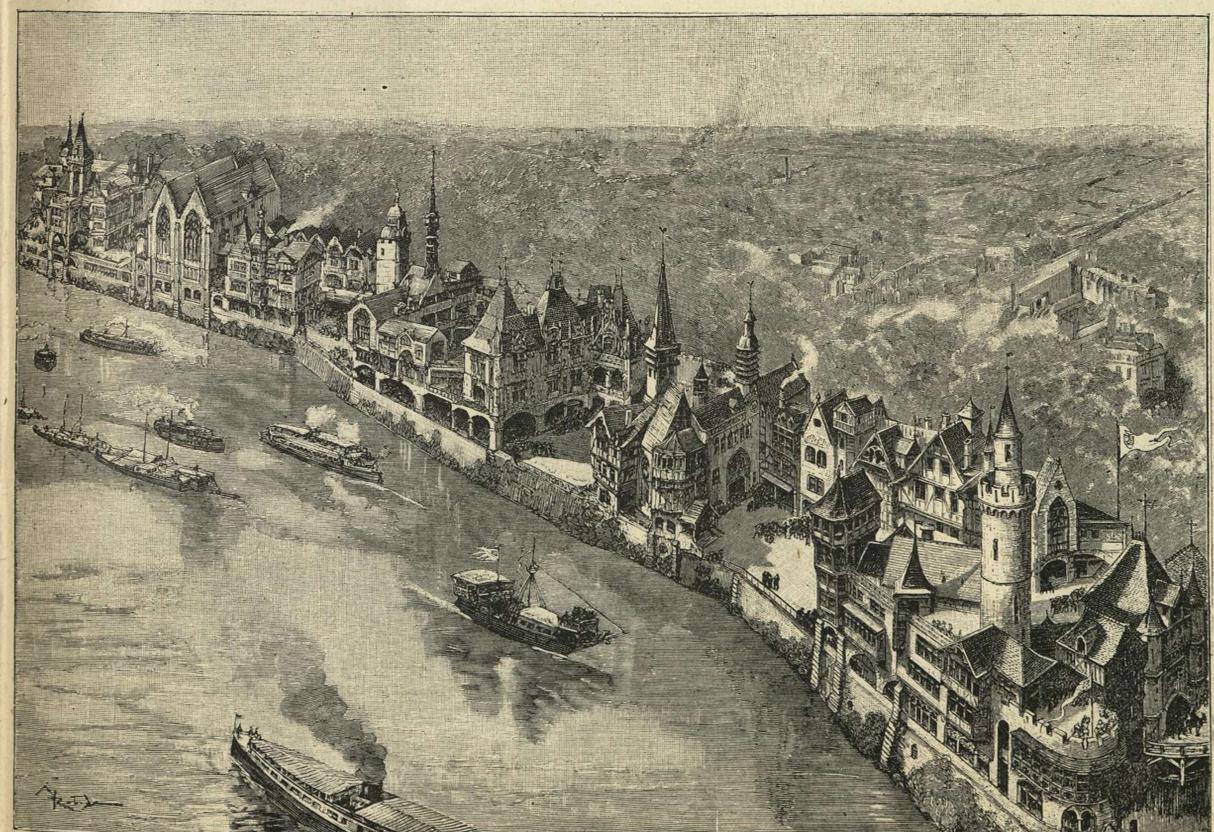
Palacio de las Manufacturas nacionales.

Pilar del Fuentle Alejandro.

Los edificios de la Exposición en la Plaza de los Inválidos.



Palacio de la Electricidad y Castillo del Agua.



El viejo Paris.

Exposición Internacional de Paris.

Cuentos Corsos

Benedetta

—¡Ay, hijo mío! tu mano ya se enfrió, y no brilla en tu mirada aquella luz de empuje! ¡No late ya tu corazón! ¡Corre en anchas olas tu sangre desde una profunda y amplia herida! ¡Pobre de mi niño mimado, Orso Paolo! ¡Lo mataron! ¡Maldito, tres veces maldito, Micheletto que fué tu cobarde asesino!... ¿Qué haré ahora sin tí?... Moriré... Es lo único que me queda... Ni marido, ni parientes, ni amigos... Tú eras mi solo bien,



mi única esperanza... Tú eras el único sostén de esta pobre vieja... ¿Por qué tú, Dios bueno, me arrebataste al hijo que tanto quería?... ¡Eres cruel! ¡Oh! ¡Blasfemo!... No sé lo que me digo... ¡Me vuelve loca el dolor!... ¿Quién me devolverá á mi hijo, á mi Orso Paolo?

Así hablaba, sollozando, la anciana Saveria.

Arrodillada cerca del cadáver de su hijo que muerto por una bala yacía al pie de un castaño grande, contemplaba en silencio los rasgos desfigurados por los últimos espasmos de la muerte.

Caía la noche poco á poco, extendiendo sobre ese



terrible cuadro y sobre esa lúgubre escena, su velo de luto.

Tras de algunos minutos, alzóse Saveria, con arrebatado de desesperación y la mirada vuelta al cielo:

—¡Muerto!... ¡Muerto! exclamó. ¿No habrá alguien que lo vengue?... ¿No habrá alguien que castigue á su infame asesino?

—¿No estoy yo aquí, preguntó inopinadamente una voz.

La anciana, aturdida, volvió el rostro.

Allí estaba una joven, de pie, inmóvil, tras de ella. Su rostro estaba tan pálido como el de la víctima. Brillaban los ojos con brillar sombrío y raro. Había en ella algo de fantástico.

—¿Quién eres? preguntó Saveria, muy trémula.

—Benedetta, la amada de tu hijo, la que le dió su corazón.

¿Y tú, tú, quieres vengarlo? preguntó ansiosa.

—Sí; mi corazón sangra como sus heridas, y mis lágrimas no se secarán en tanto no vengue á Orso Paolo!

—Bésame, bésame con esas palabras buenas que acabas de pronunciar y que son un bálsamo para mi dolor; tú sí que eras digna de ser la mujer de mi pobre hijo. Ve, y cuando me traigas cortada la mano derecha de Micheletto que fué el asesino cobarde te bendeciré y te llamaré mi hija.

Echóse Benedetta sobre el cuerpo inanimado de su prometido, y puso un beso último en los labios fríos y sin color.

En seguida, y levantándose:

—Basta de lágrimas,—dijo.—Nos queda la vida para llorar al que ya no existe... ahora... pensemos en vengarlo.

Y alzando la mano sobre el cadáver, gritó: Micheletto morirá por mi mano, sí, lo juro; y volviéndose hacia la anciana Saveria, añadió:—O no me vuelves á ver... ¡adiós!

No acababa de decir estas palabras, cuando mezclada con la sombra, desaparecía.

Transcurrió el tiempo...

En una mañana, salía el bandido Micheletto de la cabaña de un pastor, cabaña perdida en medio de Monte-Mufragia, cuando vió venir una muchacha pálida. No obstante su palidez, la reconoció, era Benedetta.

—¿Dónde vas, Benedetta? preguntó el bandolero á la vez que se acercaba.

—¡Te buscaba, Micheletto!

—¿De veras, Benedetta?... ¿Qué dicha!... Mira: te amo; mira; muchas veces te rogué que fueras mía, y siempre te negaste... Ahora ¿quieres ser mía?

—Tal vez.

—¡Tal vez! repite, repite esas palabras que me llenan de esperanza, y que me vuelven loco.

Tornó la joven los ojos al cielo y permaneció callada.

—Oye, Benedetta,—siguió el bandido—olvidemos el pasado; olvidemos que mis manos se tiñeron en la sangre de Orso Paolo. Me volvió asesino el amor que te tenía... Estaba celoso... Sufría tanto... Creía que lo amabas... Pero veo ahora que no era así... Porque no estuviste conmigo... Me amas, ¿verdad que sí, Benedetta?...

Huyamos de aquí; vamos á Cerdeña: allí viviremos juntos, libres y felices. Bebe en mi bota en señal de reconciliación, y yo beberé después, y nuestros corazones quedarán unidos.

—Bebe tú primero, Micheletto, respondió Benedetta con voz rápida.

Alegre, el bandido, llevó en seguida la bota á sus labios; pero en tanto que con la cabeza atrás y los ojos en el cielo, bebía á grandes tragos, Benedetta con movimiento ágil, sacó del corpiño un puñal y lo hundió entero en el pecho de Micheletto.

Dió él un grito á la vez que soltaba la bota; se llevó las dos manos á la herida de que salían olas de sangre, y cayó, como una masa, sobre el piso.

Sus ojos, vagos, desmesuradamente abiertos, se fijaron sobre Benedetta que, con los brazos cruzados, permanecía frente á él, y fríamente le miraba debatirse con las últimas convulsiones de la agonía.

—¡Me muero!... murmuró el bandido con voz espirante; ¡me muero!... Ya te vengaron, Orso Paolo!

Comenzaba el estertor de la muerte.

Repentinamente, y por supremo esfuerzo, se enderezó sobre un codo empapado en sangre y exclamó:

—¡Ah! Benedetta... Benedetta... tú lo amabas.

Y no bien dijo esto, exhaló el último suspiro.

Benedetta, con alegría feroz, asistía á aquella escena, y contemplaba el cadáver de la víctima tendido á sus pies.

Luego se inclinó y apoderándose de la mano derecha de Micheletto, cerró los ojos, y con el cuchillo todavía ensangrentado, cortó el puño.

Se puso en pie precipitadamente y sin volver los ojos á Micheletto, se dió á correr.

La noche estaba negra.

Soplaba, con violencia, el "libeccio."

Los grandes castaños se doblegaban al esfuerzo de la tempestad y hacían oír un murmullo extraño: creyéranse las quejas de un moribundo.



En el sendero que conduce á la aldea de Tica-ja, adelanta trabajosamente una mujer.

Llegó á una de las primeras chozas, se detiene jadeante, agotada, y llama:

—Madre, madre, ábreme.

—¿Benedetta?... preguntó una voz de adentro.

—Sí, yo.

Abrióse la puerta.

Una ráfaga apagó la lámpara que en la mano traía la anciana Saveria.

La obscuridad fué completa.

—¿Qué? preguntó Saveria con voz ansiosa: y con voz llena de ansiedad añadió: ¿ya te puedo llamar hija?

La joven respondió sencillamente:

—¿No te he llamado madre?

Y entró, cerrando detrás la puerta.

Saveria encendió la lámpara, y cuando la luz todavía difundía débil claridad, Benedetta arrojó al suelo un "derecho" humano, manchado de sangre.

—Con esta mano mataron á Orso Paolo, dijo tranquilamente.

La anciana miró la mano de Micheletto, primero con terror, después con goce, y la recogió: sin pronunciar una palabra, tomó un haz de leña de junto á la pared, y salió.

Agobiada de fatiga, siguióla Benedetta, sin saber lo que la anciana haría.

Fueron algunos instantes por enmedio de las tinieblas.

La anciana se detuvo.

Habían llegado á una plazoleta.

Pocos instantes después, millares de chispas subían hasta la cima de los grandes árboles.

Dentro de la hornaza, arrojó Saveria la ensangrentada mano del asesino de su hijo. Con rabia febril activó el fuego sobre el que, sin cesar, arrojaba nuevas ramas.

Benedetta la veía y sollozaba.

Un viajero que en esos momentos hubiese pasado, habría huído con espanto, creyendo ver dos brujas de Macbeth...



Cuando la última llamita se apagó, la anciana corsa deshizo con un pie la fogata.

Una racha violenta dispersó los tizones y las cenizas.

—Ya se hizo la justicia, dijo Saveria con voz conmovida... Ya lo vengamos... Ven, hija mía; mi casa es la tuya... Ven, lo lloraremos juntas.



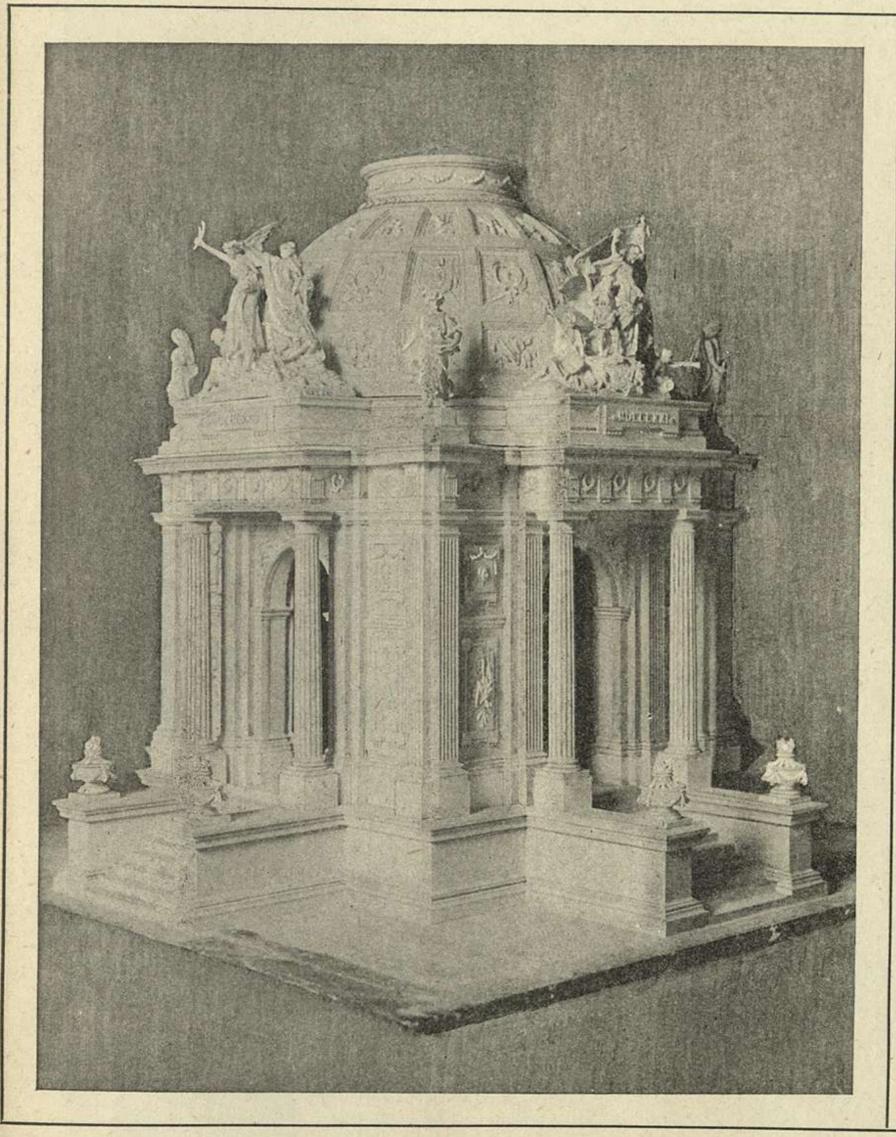
Noche á noche, cuando suena el "Angelus," van dos mujeres vestidas de negro á arrodillarse á "Castagnedo."

Después de que rezan piadosamente, vuelven á la aldea, y los labradores que vuelven de su faena diaria se descubren movidos por el dolor de tan gran infortunio.

Y refieren, persignándose, que cada año en el mismo día, cuando el campanario de la parroquia suena el toque de media noche, se ve un fuego muy grande, encendido en la encrucijada de "Castagnedo," y se escucha una voz que, como si saliera de un sepulcro, dice:

¡Benedetta, tú lo amabas!

Filippo Jonelle.



Rotonda de los héroes de nuestra Independencia.

En nuestras ediciones diarias hemos dado extensos detalles acerca de una artística Rotonda donde los héroes de nuestra Independencia nacional, que actualmente se guardan en la capilla de San José, de la Catedral de México.

Los grabados adjuntos son fotografías tomadas de un boceto en yeso, que del proyecto tomó el escultor señor Alciati y que figurará probablemente en la Exposición de París.

Ofrece un aspecto majestuoso, dominando el estilo Luis XVI. Sus tres cuerpos están bien proporcionados, midiendo el basamento, que afecta la forma de una cruz griega, incluyendo la extensión de las escalinatas, 20 metros, siendo también de veinte metros la altura de la extremidad de la cúpula á la base.

La Rotonda lleva cuatro arcos ó portadas magníficas, correspondiendo á cada una su escalinata de acceso, en cuyos pedestales se ven grandes ánforas funerarias, medio envueltas por severos paños.

Los cuatro esbeltos pórticos llevan elegantes columnatas de orden dórico, que se destacan admirablemente. Las pechinas de los arcos ofrecen atributos guerreros y gloriosos, símbolos de la lucha y de la inmortalidad. Unos escudos, festonados de ornamentación rica, sirven de claves.

En los espacios intercolumnios se ven dos series de tableros: unos superiores, en los cuales se ven medallones que representan los bustos del Cura Hidalgo, de los Generales Allende, Aldama y Jiménez, del Cura Morelos, del Cura Matamoros y de los Generales Pedro Moreno y Javier Mina, cuyos restos son los que se conservan en la Catedral.

Se asegura que también están depositados en la misma capilla de San José, los restos del héroe Don Víctor Rosales, mas parece que éstos no se han podido identificar.

La segunda serie de tableros llevan escudos de armas y trofeos de la época de la Independencia, y están colocados abajo de los anteriores, siendo

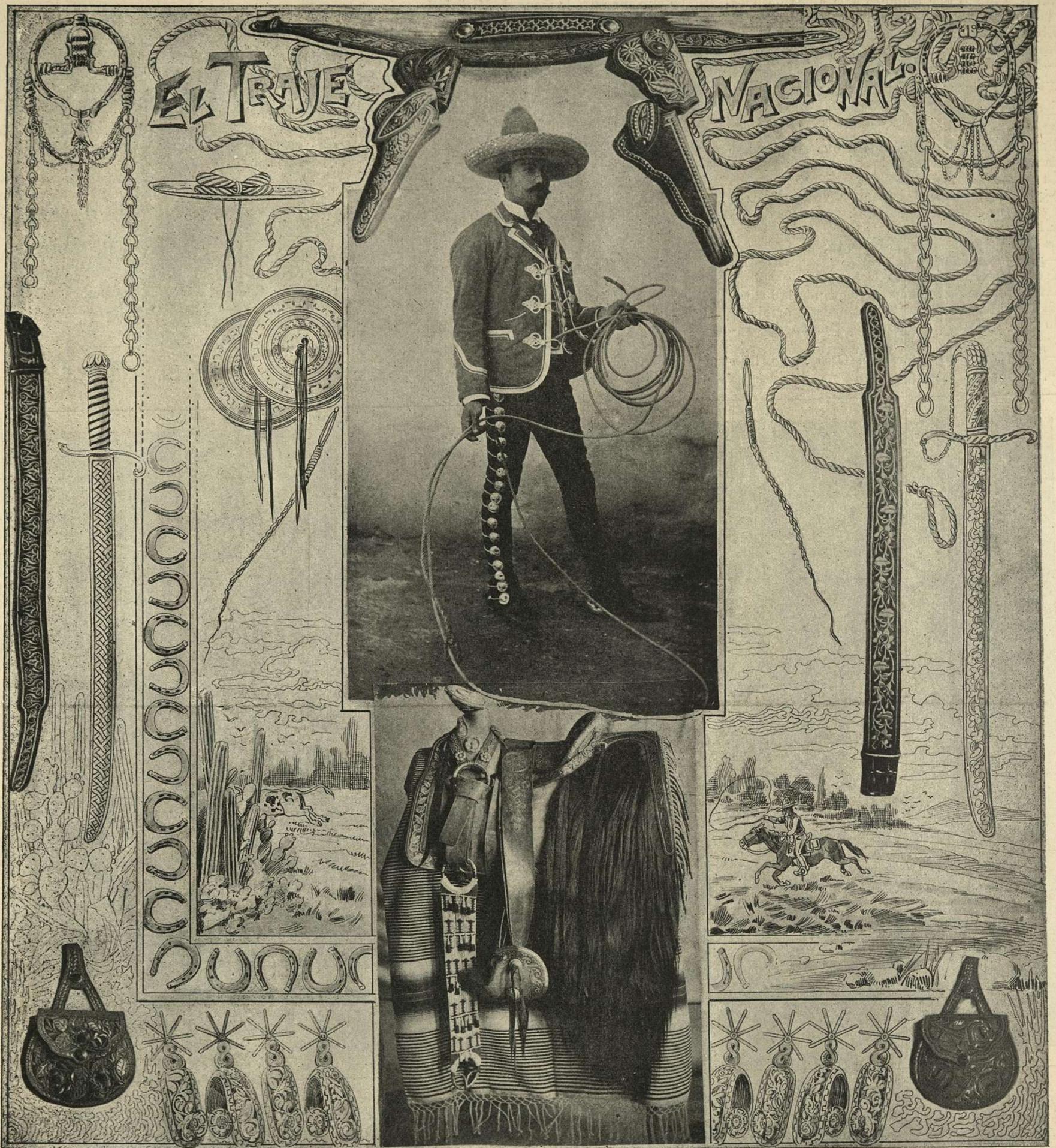
de mayor tamaño. Su composición es muy hermosa, viéndose en magníficas haces las armas antiguas, pistolas de chispa, mosquetones, pedreros, cañones de forma desproporcionada, si se les compara con los que ha producido el progreso de la guerra, clarines, tambores, sombreros jaranos de anchas alas y galoneada toquilla, la bandera de la Guadalupana y otros atributos.



El cornisamento es también muy hermoso y lleva en realce tríglifos y coronas, grandes palmas en sus mayores espacios.

Cada uno de los pórticos centrales está rematado por un basamento ático, que llevan inscritas cuatro fechas memorables, en cifras romanas. (1810, 1811 y 1821).





Fot. de objetos de «La Palestina.»

Nuestro traje Nacional.

Entre los ejemplares más preciados de la indumentaria pintoresca, se ha encontrado siempre nuestro traje nacional, el del clásico "charro," que en Europa es más comúnmente conocido con la denominación de "ranchero."

Pero en países extranjeros jamás se le ha interpretado con propiedad, y las alteraciones que sufre son tales, que á los mexicanos mismos se nos antoja algo exótico. Hemos buscado en los tratados de indumentaria de mayor renombre los capítulos relativos á nuestro traje nacional, y en los tratados de mayor renombre le hemos encontrado alterado.

Los viajeros franceses, alemanes y americanos, que tras de breve estancia en esta tierra publican libros acerca de México y sus habitantes, manifiéstanse todos gratamente maravillados de nuestro traje nacional, y algunos se limitan á expresar su

maravilla por medio de exclamaciones: "Ah, le charro! "Qu'il est riche!" "Qu'il est beau!" mientras que otros, ya sea por mala memoria ó por enardecimiento imaginativo llegan á asegurar que los trajes de nuestros charros son de terciopelo, recamados de piedras preciosas.

De ello resultan las absurdas interpretaciones gráficas que á montones se presentan en Europa sobre el traje nacional, y de las cuales es ejemplo típico aquel enorme cartel anuncio de una chocolatería, que hace pocos años inundó París y que representaba á un mexicano ataviado de felpa azul celeste, con un manto de armiño, un sombrero incrustado de pedrería y un rostro de..... fascineroso.

No disputamos el rostro, porque nunca hemos pretendido en México ser prototipos de belleza. En cuanto al traje, preciso es confesar que si bien tiene una originalidad absoluta, ella no estriba precisamente ni en la magnificencia de las telas, ni en la prodigalidad de las piedras preciosas.

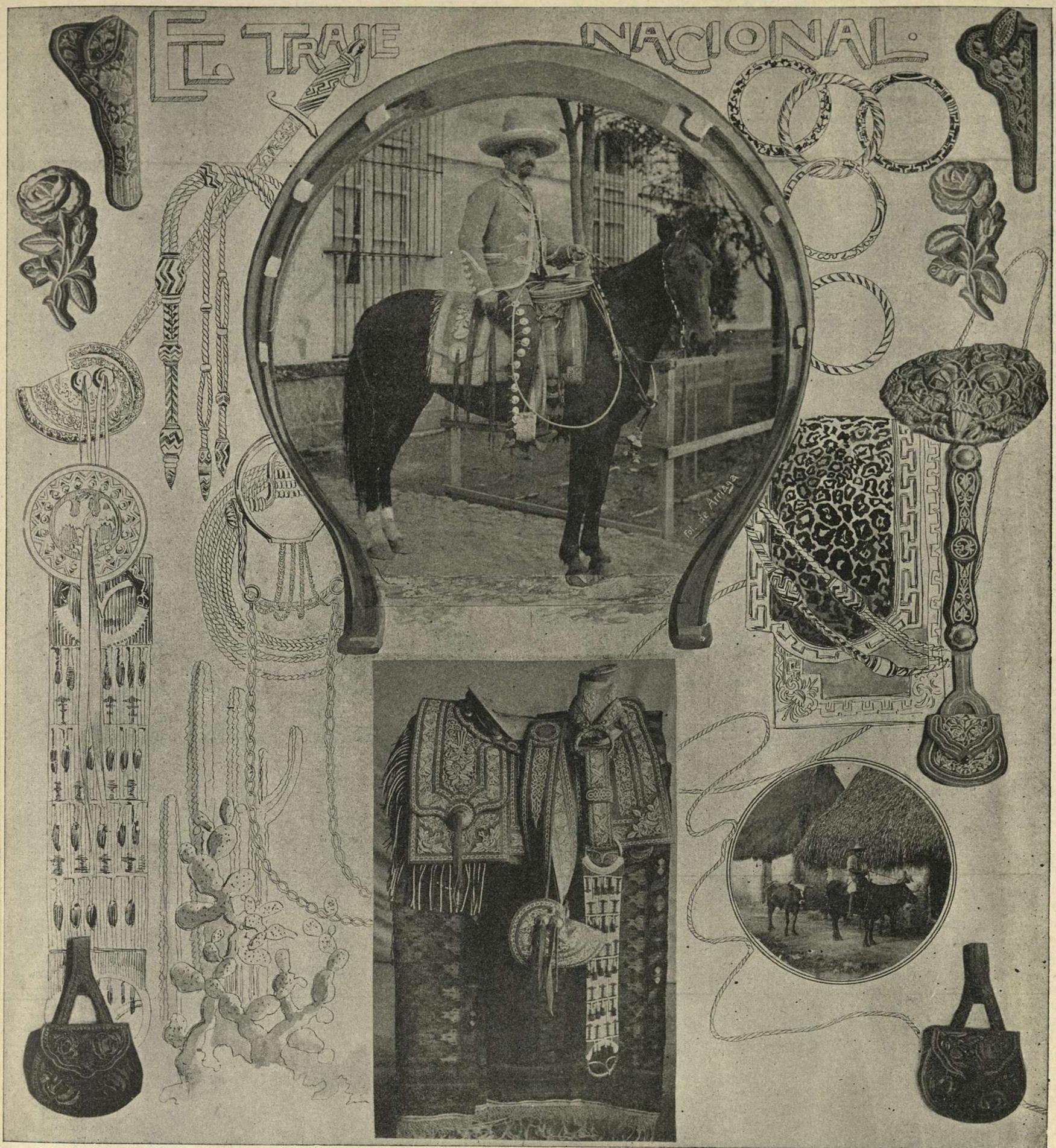
El genuino traje nacional, lejos de buscar telas muelles y preciosas, escogió la piel curtida, porque es la que mejor responde á sus necesidades.

Los atavíos nacionales se forman de acuerdo con el género de vida de los pueblos, y de esa suerte sería absurdo buscar terciopelo en los trajes de gentes que pasan su vida en el campo, lazando potros y herrando becerros.

Si fuéramos á buscar el origen de nuestro traje nacional, es evidente que lo encontraríamos en los primeros iberos que se entregaron á colonizar y labrar el país.

Las anchas alas del sombrero surgieron á la necesidad que nuestro sol esplendoroso impuso á aquéllos, de proveerse de una defensa fácil y portátil. El empleo del cuero, no es más que la falta de otra tela duradera y de fácil adquisición en comarcas que carecían de elementos.

Después, han venido las reformas, los adornos, los bordados, y se han creado industrias que en nuestros días revisten importantes proporcio-



Fot. de objetos tomados de "La Palestina."

nes, resultando que el traje nacional da trabajo á muchos talleres y movimiento á considerables capitales.

La industria de la sombrerería, que es una de nuestras principales industrias, debe su auge á los sombreros jaranos. El sombrero mexicano goza de universal renombre, al grado de que muchos léxicos de idiomas extranjeros, la palabra "sombrero" está aceptada con la significación neta de sombrero de muchas alas.

La forma general de nuestro sombrero ha sido aceptada en todos los países tropicales, en donde es preciso defenderse contra los rayos del sol. Pero es necesario confesar que en esos países, nuestro sombrero ha sido ventajosamente reformado, construyéndose de paja ó de fieltro delgado, y conservándole así sus beneficios sin sus defectos, de los cuales, en el sombrero mexicano, es el mayor, su extraordinario peso.

Hay "jaranos" que con el grueso de su fieltro y el oro y la plata de sus adornos, pesan hasta más

de dos libras! El peso mínimo es de catorce onzas.

La moda no ha perdonado tampoco á los charros y los ha hecho modificar muchos detalles de su indumentaria. Muy especialmente en el sombrero se notan esos cambios: antaño la copa era baja y redonda, ornada de ancha y pesada toquilla, mientras que hoy es ancha y puntiaguda, semejando un pilón de azúcar. El pliegue de las anchas alas no sólo sigue los caprichos de la moda, sino también las costumbres del regionalismo: hay quienes la usan plana y quienes la usan levantada atrás y plana por delante.

Otra de las innovaciones de la moda, consiste en que mientras antiguamente se prefería para los sombreros el fieltro liso y de color unido,—aplamado de preferencia,—hoy se prefieren los sombreros de pelo y los multicolores. Los hay hasta solfcrinos.

Antaño, á uno y otro lado de la copa, se usaban unas figurillas de metal que, por lo general,

semejaban cabezas de animales llamados "champetas" ó chapetones. Hoy se usan menos y han sido substituídas por las iniciales del poseedor ó por bordados de oro y plata. Muy común es el uso del escudo nacional, en proporciones colosales.

Dentro de la copa se lleva el "barbiquejo," que sólo se usa cuando se da rienda suelta al caballo, deteniéndose entonces por bajo de la nariz.

Es muy variable el valor de un sombrero charro, dependiendo particularmente de la cantidad de oro ó plata que lleve en sus bordados. Hay algunos que usan el bordado hasta en las alas y eso explica que puede haber sombreros hasta de á cien pesos.

Sin embargo, los charros elegantes son sobrios en el bordado de sus sombreros y se fijan más en la figura del fieltro.

Las ciudades de Puebla y de México son las que mayor fama gozan como productoras de sombreros.

Y daremos un dato curioso: la mayor parte de los fabricantes son alemanes y franceses.

Decíamos arriba que el material preferido para la construcción del traje de charro, es la piel curtida. Aparte de su duración es también el material más propio para el clima, pues, contrariamente á lo que pudiera creerse, tiene la propiedad de constituir un abrigo uniforme.

Mucho ha adelantado nuestra industria en la preparación de esas pieles, así como también en su bordado, habiendo algunos ejemplares que forzosamente tienen que llamar la atención.

Pero el traje se construye también de telas tejidas.

Un artículo indispensable para el charro de buena cepa, son las "chaparreras," pantalón de piel, abierta en el medio y abotonada á lo largo de las piernas, que tiene por objeto preservar los pantalones de los roses del lazo y de los zarzales del camino.

Esas chaparreras también han sufrido transformaciones, pues se usan hoy lisas y ya no con pelo.

Las sillas de montar constituyen otras de nuestras especialidades nacionales. Son de extrema comodidad y forman un conjunto armónico con el traje del jinete. Pueden ser de gran riqueza, y nosotros conocemos una, adornada de oro, cuyo valor no baja de tres mil pesos. La forma general del fuste de las sillas, no ha sufrido variación alguna al correr del tiempo, pues sólo se nota cierto cambio en la mayor ó menor inclinación de la "cabeza."

Pero últimamente se nota la tendencia á suprimir los "vaquerillos," esos trozos de piel colgante que cubren las cantinas, quedando la "silla corta" que es la más usada actualmente. En nuestro grabado damos modelos de ambas monturas.

Las rozaduras del lazo se advierten en torno de la cabeza de la silla, y las sillas de buenos charros, llegan á inutilizarse por tal roce.

La guarnición de cuero de las sillas, va generalmente bordada de plata, y el herraje suele ser de plata maciza. Hay cabezas primorosamente cinceladas. Otra innovación notable que se ha aplicado á la montura mexicana, es la que se refiere á los estribos. Eran éstos antiguamente de madera y piel, siguiendo la forma general del pie y acabando en aguda punta, levantada hacia arriba. Esa forma tenía la ventaja de defender muy bien el pie, especialmente al cruzar caminos zarzalesos, pero la práctica la ha mostrado como peligrosa, pues se hace difícil retirar el pie con la rapidez necesaria en determinados casos.

Los estribos que hoy se usan son mucho más sencillos y están hechos de madera y acero.

He ahí otra industria que ha hecho progresos: el labraje del acero para arcos del traje y de la montura nacionales. Se fabrican algunos estribos, frenos, etc., de acero niquelado con incrustaciones de plata, que á más de ser de una solidez á toda prueba, son de magnífica vista.

A más de la sombrerería, de la peletería y de los trabajos en acero, hay aún otras industrias tributarias del traje nacional, tales como el tejido de fibras de ixtle, henequén y otras, para cabezales, cinchos, etc.

No recordamos qué escritor ha dicho que un charro mexicano armado y montado, puede compararse á un arsenal. Hay algo de cierto en la frasecilla, pues además del obligado revólver de seis á siete tiros, el charro usa puñal, machete y suele usar carabina. El lazo es otra arma que, en buenas manos, puede ser terrible. ¡Díganlo si no los húngaros y los austriacos que acompañaron al Archiduque Maximiliano!



En la parte gráfica que acompaña á este artículo, pueden verse modelos de los objetos constitutivos de nuestro traje nacional.

No podemos dudar de que éste sea pintoresco; pero ¿es estético?... Algunos lo afirman, otros lo niegan. Nosotros no lo hallamos ni más ni menos estético que los de todos los pueblos que llevan vida á la intemperie.

Cada día se hace más raro el tipo del charro mexicano y la mayoría de quienes visten el traje nacional no lo hacen sino por capricho. Tal vez con el tiempo ese traje no vivirá sino en la tradición, como ha sucedido con el de la "china poblana."

Por eso hemos querido consignar en "El Mundo Ilustrado" los arcos del charro, tal como suelen usarse aún, y también para que normen su juicio y pongan coto á sus exuberantes imaginaciones los extranjeros, bajo cuyos ojos pase este Semanario.

OSCAR HERZ.

BELLEZAS MEXICANAS.



Srta. MARÍA DE LA GARZA, de México

Fot. Mora.

De un Poema

Hay un papel entre mis versos, mudo cómplice del recuerdo que me exalta; lo abro temblando, á la memoria ayudo y en el silencio de mi hogar desnudo Mi espíritu despierta, emprende el viaje

—
Mi espíritu despierta, emprende el viaje y libre del afán que lo consume, vuela al pasado para ver tu traje, besar su falda de crugiente encaje y embriagase otra vez con su perfume.

El labio tiembla entonces y te nombra, y vuelvo á verme en la risueña estancia; las cortinas del tul, la obscura alfombra, y derramando entre la grata sombra un regalo de flores sin fragancia.

—
El piano abierto; en el atril alguna romanza que cantaste en la mañana; el tibio ambiente que á la luz se aduna y el tembloroso rayo de la luna prendido en el cristal de la ventana.

¿Qué viento de armonías celestiales, de músicas y besos suena en torno? De mi lámpara en grupos desiguales asciende el humo en blancas espirales y dibuja en la sombra tu contorno.

Allí estás, amor mío, no te escondas que ya mis ilusiones vuelan francas, del pecho surgen en lumíneas ondas tal como surgen de las verdes frondas ebrias de miel las mariposas blancas.

No te escondas; que ya mis alegrías son flores que abren el cerrado broche; derrama luz sobre las sombras mías y déjanse decir como Tobías; hay un ángel en medio de mi noche

Luis G. Urbina.

ETEFHA.

Sus ojos son dos negros diamantes de Circasia llenos de lujuriosas penumbras y quimeras; su piel de lirio tienen las vírgenes del Asia y sus felinas curvas las índicas panteras.

Subyuga y enamora con indolente gracia; hay en sus venas sangre de antiguas bayaderas; su cuerpo exhala el grato perfume de la acasia; en su alma duerme el eco de muertas primaveras....

¡Oh, rara flor de encanto! Su pérfida hermosura esconde filtros hondos de espasmo y de locura, venenos misteriosos, que matan dulcemente!

¡Oh! hermana de Medea! ¡Serpiente que fascina!

Que llevas en tu boca de reina bizantina el beso voluptuoso como el hachís de Oriente!

Leopoldo Diaz.